

EL CASO JOAQUIN COSTA

Mucho se habló de Joaquín Costa en vida. Tanto, que no parecía sino que había herido en su fibra más sensible al pueblo español, *latu sensu*, con la burguesía, clases medias, elementos productores por delante. Gentes que nunca sintieron la menor inclinación política, como confinadas que estaban en el trabajo cotidiano del escritorio, del mostrador, del taller, de la labor agrícola, se fueron, en gran número, tras Joaquín Costa. O pareció que se dejaban arrastrar por él, jaleadas por graves dicitos. “Eunuco” viene a ser el *leit motiv* del colérico y gran poema que, un poco a la manera wagneriana, compuso Costa a lo largo de su vida. Tratábase de una palabra que respondía fielmente a su concepto obsesivo de la virilidad en política, según metáfora que siempre le fué favorita. “Hace algunos años —escribe el propio Costa en 1901—, cuando más enardecía la guerra, dije de España que era una nación unisexual compuesta de dieciocho millones de mujeres... Cuando ahora vuelvo la vista hacia atrás y abarco en una mirada las cosas inverosímiles, horrendas, sucedidas en esos cuatro años, y contemplo en el fondo del despeñadero al inmenso rebaño mirando indiferente, con los ojos mortecinos y estúpidos, a los conductores jugar sobre sus destinos, sobre su libertad y sobre su piel, comprendo el agravio que hice a las mujeres con aquella calificación. No: España no es una nación unisexual, es una nación sin sexo. No es una nación de mujeres, es una nación de eunucos.” Hablaba así Costa, de vuelta ya de cuantos desengaños sufriera en su breve ciclo de político militante y de todas las decepciones que le pudieran ser atribuidas. La verdad es que venía de lejos su gusto por las más violentas orquestaciones verbales. Hombre y estilo eran así, y aun haciendo el amor, en tiempos de plenitud sentimental, a la única mujer que, según cuentan, pudo hacerle feliz, Costa no supo substraerse a la acción de los improperios que llevaba en la masa de la sangre. Y el posible amor correspondido se quebró sin remedio. “Como cristiana perdono a Vd. —le escribió ella a

él— desde este momento; pero como mujer no olvidaré nunca jamás que Vd. es el único hombre que se ha permitido prodigarme sin ningún derecho tamañas ofensas.” ¿Qué contraargumentales le diría el galán a su dama?

Con todo, no es raro que mujeres y multitudes sigan al hombre que las insulta: tal vez en esta forma de masoquismo se guarde algo del secreto de los crímenes pasionales, y Costa amó a España hasta la locura, hasta la muerte —“¡mía o de nadie!”—, con ímpetu de arrolladora pasión. Costa promovió las únicas reacciones de tipo colectivo que a la postrada España de 1898 le fué dado experimentar. Ya estaba en pie la Cámara Agrícola del Alto Aragón —tierra natal de Costa— y de ahí brotaría la Liga Nacional de Productores que adoptó como programa el famoso manifiesto —de fama más ruidosa que segura— que Costa lanzara en 13 de noviembre de 1898, y que, vertido en nuevo texto, fué izado al año siguiente por las Cámaras de Comercio de toda España, reunidas en la Asamblea de Valladolid, como enseña del movimiento “Unión Nacional”, llamado a un porvenir que difícilmente había de lograr. Costa anduvo en todo como propulsor, ponente, tribuno. La mayor parte de los enunciados de ese programa estaban ya en su primer Manifiesto electoral —1896— y reaparecerían, en prenda de constancia, si bien no dejaran de advertirse algunas variantes, en el Discurso que pronunció en Zaragoza con motivo de la Asamblea Municipal Republicana de 1906: el discurso de “Los siete criterios de Gobierno”, que mueve, dado el simplismo de la fórmula, a esta pregunta: ¿por qué precisamente siete...?

Merece la pena transcribir los enunciados correspondientes a esos “Siete criterios de Gobierno”, que engloban todas las cálidas y tajantes afirmaciones en que Costa había cifrado sus propagandas del 98, con peligrosa mezcla de aciertos y errores, de agudísimos vislumbres y el punto de ceguera que luego precisaremos. Uno tras otro, desfilan ante el lector de hoy los “Siete criterios de Gobierno” que Costa propugnó: “1.º, desenvolver muy intensivamente la mentalidad de los españoles, envolviéndoles el cerebro y saturándoselo de ambiente europeo; 2.º, abaratar la vida; mejorar en un tercio, por lo menos, la ración alimenticia del español; 3.º, aumentar la vida media del

español en una tercera parte cuando menos; 4.º, arbitrar recursos extraordinarios para los tres conceptos de europeización, escuela, despensa e higiene, en cantidad doble de lo que costaron las tres guerras de 1895 a 1898; 5.º, todo a la vez y muy rápidamente, política de procedimientos sumarísimos; el mayor número posible de millones en el menor número posible de años; 6.º, nada de aumentos en los Presupuestos para servicios públicos encomendados a personal técnico de pie forzado o no sustituible, cuando se sepa por experiencia que habría de hacerlos ineficaces, y 7.º, gobernar por actos, no por leyes; hombre superior, no Parlamento."

Respondían los anteriores enunciados, en la versión de 1906 como en la anterior de 1898, a la política que precisamente hacia fines de siglo se llamaba "de realidades", porque venía a proclamarse como exigencia de un doble fenómeno que nadie percibió con tanta claridad como Costa, ajeno en absoluto al juego por ningún político impugnado de derechas e izquierdas. Doble fenómeno, a saber: desconceptuación del régimen parlamentario y necesidad de incorporar soluciones a los problemas económico y social que la política de partidos no se hallaba en condiciones de atender. Ni cabe duda que la posición de Costa era original, con todas las ventajas e inconvenientes de la originalidad, y, por lo mismo, de ardua combinación con las fuerzas u organizaciones existentes. A ningún partido podía considerar Costa como afín, aunque él hubiera deseado alianzas o colaboraciones que por principios excluía automáticamente. Del carlismo, bastaba a separarle el pleito dinástico; de la República, su absoluta falta de fe en la democracia; de la Monarquía, el fracaso de los Gobiernos; del socialismo, su repulsa a la interpretación económica de la Historia y a la Internacional. Costa no hizo cuestión, en un principio, de la forma de Gobierno, y al frente de sus Cámaras, contribuyentes y elementos de orden —de cierto orden—, se lanzó a una campaña de agitación popular, entre conservadora y revolucionaria, para la conquista del Poder. No sabemos con qué fundamento hablan algunos de sus biógrafos de la posibilidad brindada a Costa por la Reina Regente, a través del Cardenal Cascajares, para que formase Gobierno en inteligencia con Gamazo. Es verosímil, porque se ensayó un plan análogo con Polavieja, que

había dado —ello es sabido— un Manifiesto no muy diferente al de Costa, lográndose su entrada en el primer Gobierno que formó D. Francisco Silvela, sin fruto alguno, por cierto. Y es que la Corona estaba abierta a cuantas soluciones se le brindasen en la grave crisis planteada por el Desastre colonial y subsiguiente anhelo de “regeneración”, palabra a la moda que no caló demasiado hondo. Como quiera que fuese, Costa era de difícil encaje, por multitud de razones, en la Monarquía. Por lo pronto, Costa quería un Gobierno propio: propio hasta el extremo de constituirlo él mismo, en ibseniana soledad: solo y fuerte. Pero ¿cómo...? Las masas, o si se prefiere, los grupos sociales que Costa movió, apenas si eran otra cosa para él que un coro gesticulante y espectacular, órgano extraño de un antiguo y fabuloso *folklore* político: coro que aceptase, desde arriba, letra y música. El “hombre superior” que apetecía para España no podía ser sino él mismo: “cirujano de hierro”, “Bismarck injerto en San Francisco de Asís” con un poco de Ezequiel, algo de Viriato, de Fichte, de Cisneros... y de Alcubilla. Costa, polígrafo increíble, sabía cuanto había que saber: desde las formas en Turdetania del mito solar hasta la municipalización de servicios. Un gobernante quizá no necesite saber tanto... Pero parece natural que empiece por conocer los instrumentos de que dispone. Tanto la Liga de Productores, creación personal de Costa, como la Unión Nacional —presidida por D. Basilio Paraíso— en que la Liga hubo de fundirse, arrastraban unas culpas de origen que no acertaron a redimir en sus actuaciones ulteriores. Aludimos al espíritu de clase, que por darse en este caso y, a mayor abundamiento, en el comercio y en la industria, corría el riesgo de materializarse más aun que otro espíritu profesional cualquiera. Y así lo que el “costismo” tuviese —mucho evidentemente— de nacional, por el carácter de sus soluciones, se achicaba en tasada aspiración de un determinado estamento social, privando de su peculiar espíritu a una consigna razonable, *verbi-gratia*, como la de “escuela y despensa”, pero en peligro de asfixia, por su condición doméstica, si no se la airea en un sistema de valores superiores, empezando por el religioso, de que Costa prescindió.

Había que infundir un sentido trascendental a los predicados de Joaquín Costa, y no era fácil que éste procurase a su

obra el horizonte abierto que a él mismo le faltaba cada vez más, por estrecharse el paisaje de las ideas generales y muy expansivos anhelos en que antes se moviera, en los días aun no muy lejanos de la Sociedad Española de Africanistas y del Congreso de Geografía Colonial y Mercantil que le tuvieron por verbo y brazo. No era ese Costa de 1883 el que hablaba en 1868, pues aunque, con mayor o menor vuelo, campeaban en su bandera las afirmaciones ya mencionadas, un lamentable desgarrón proclamaba el cambio operado en su ánimo. La "supresión del Ministerio de Marina y de todas las Escuelas y Academias pertenecientes a ese ramo", formulada en el programa, aparte otros textos, de la Asamblea de Zaragoza, era todo un síntoma: como que indicaba la renuncia de Costa, en contra de sus valiosos antecedentes, a la defensa nacional y a la expansión de cultura y riqueza que la Marina de guerra y la mercante garantizan. Rectificaba Costa la actitud de sus mejores días, incongruencia patente, a propósito del Desastre; esto es, cuando lo ocurrido en Santiago de Cuba y en Cavite confirmaba su antigua tesis: necesidad de dotar a España de "los únicos títulos valederos en el momento: títulos de acerb, fusiles, cañones, lanzas, ametralladoras, torpedos y espolones"; necesidad, en concreto, de organizar a España "como nación casi exclusivamente marítima", aprestada a cumplir misiones universales: "España debe dilatarse por nuevas tierras, surcar nuevos océanos, abrir nuevos mercados a su comercio, preparar nuevos territorios al exceso de su población, o, traducido en términos militares, España tiene que imponer a su Marina responsabilidades mucho más vastas que las que tiene al presente. España se halla tal vez destinada a ser el reducto común de las naciones latinas; debe aspirar, cuando menos y por lo pronto, a mantener el predominio de esta raza en los mares, enfrente de la raza sajona, a lo cual la obliga, entre otros, el hecho de existir dieciocho naciones que hablan su lengua, formadas las más y algunas en vías de formación. España tendrá, pues, que seguir construyendo, construyendo siempre, y pasar de cuarta potencia naval a tercera, y después a segunda, y, en una palabra, ponerse en condiciones de contrastar, sea por sí sola, sea con su aliada natural del Mediterráneo, Italia, o con

su aliada natural de América, la República Argentina, el formidable poder naval de la Gran Bretaña.”

En esos términos —y la cita podría extenderse mucho más— se expresaba Joaquín Costa en el Congreso de Geografía Colonial y Mercantil, promovido y animado por él, y no hemos de repetir consideraciones ya expuestas en anterior trabajo nuestro sobre la crisis —física y moral a la vez, de seguro— padecida por Costa hacia fines de siglo; pero sí conviene recordar, para darse cuenta de cambio tan radical, la decisiva intervención de aquel Costa, optimista hasta el ensueño, en problemas de acción colonial que nadie aun había planteado a fondo: Santa Cruz de Mar Pequeña, Guinea, Muni, Marruecos. Costa se adelanta en afirmar que “ninguna nación extraña” tiene derecho a “tender su garra sobre el Imperio marroquí”, en daño de nuestros imprescriptibles derechos. De igual suerte que fué él quien llevó la voz de la opinión española, impresionada por la ocupación de las Carolinas, para extraer del conflicto la lección que cumplía: “nadie suplante a España en la Micronesia.” También fué él quien estimuló nuevos proyectos del explorador Gatell y las expediciones luego llevadas a cabo por Iradier, Montes de Oca y Ossorio, para dar efectividad, en lo posible, al África Ecuatorial Española.

Y he aquí que Costa no resiste la prueba terrible del 98. Lejos de aducir la confirmación de sus puntos de vista, de su ilusión, de su temor, de sus avisos, se deja tragar por un pesimismo tan extremo que no podría explicarse en un estado de cabal salud. Bajo la negra ala del “Finis Hispaniae”, Costa se ensombrece para siempre, con la raíz de su valeroso patriotismo herida mortalmente, y considerando inútil cuanto se hiciera por libertar a España de su postración, gime más que pronuncia: “Es fatal que España sucumba y sea arrastrada como China, como la India, como Persia, como Egipto...”

En tal momento, rompe Costa con su viejo amigo el Cid. Le hunde en su huesa bajo la definitiva “doble llave” con que cierra también el sepulcro del Marqués de la Ensenada: “doble llave” a cuanto simbolice ímpetus, cáculos y aventuras capaces de resucitar a España. Pero Costa había exaltado todo lo contrario en los libros que, tocando puntos vivos de Historia, Literatura, Derecho, *Folklore*, tendían a un objetivo común:

a la afirmación categórica de España. Por lo que hace al Cid, había dado Costa escape a su fe y a su esperanza en una página, fuertemente expresiva, de uno de sus libros más originales y sugestivos: *Poesía popular española y Mitología y Literatura celto-hispanas*. En ese pasaje, después de hacer el autor constar que “ostenta nuestra poesía popular la representación de una idea política universal y permanente”, se detiene ante la figura del Cid para dedicarle este canto: “Los héroes de nuestra epopeya nacional se convierten en símbolos y *schema* de categorías generales de la vida, expresadas con aquella viveza y energía que son el máspreciado distintivo de toda musa primitiva. El Cid, por ejemplo, (hablamos del Cid tal como lo ha transfigurado el entusiasmo y la devoción del pueblo), no es tan sólo un Caudillo castellano y su vida un episodio de la Historia de España: el Cid es además un principio, y su vida un ideal. No se pierde todo allá en las penumbras de lo pasado, se dibuja también en los senos del porvenir: no ha quedado su personalidad entera detrás de nosotros; su espíritu nos precede y alumbraba con la antorcha que las generaciones han encendido en su mano. No limitan su mirada de águila las fronteras de la patria, sino que abraza el horizonte todo de la vida, en tanto que vida jurídica. Representa su idea sin limitación de espacio ni de tiempo: habla para todas las latitudes y para todos los siglos.”

¿No hace recordar esa voz de Costa el timbre de la de Menéndez y Pelayo? No es caprichosa la asociación de ideas que nos lleva de Costa a Menéndez y Pelayo; también por contactos varios, a Cánovas, a Cajal, a Unamuno... Todos tienen un aire de época, década más o menos, y a todos les domina un enterizo e inflexible patriotismo, a la vez que insaciable curiosidad intelectual, incluso Cajal, el único, entre los nombrados, que se sometió, con todas sus consecuencias, a la exigente disciplina de una técnica. Lo general, como signo de los tiempos, era la poligrafía. Visto en grande, el polígrafo del siglo XIX se llama Menéndez y Pelayo, que señorea anchos campos de Filosofía, Literatura e Historia. Visto en pequeño, el polígrafo del siglo XIX se llama *Doctor Thebussem*, enciclopédico de la trivialidad, si son triviales la Filatelia, el Arte culinario, la Tauromaquia... Costa escribió más que ninguno y sobre mayor

número de materias, graduándose de juriconsulto, historiador, filólogo, geógrafo, economista, etc., y entrañando en el fondo de sus múltiples conocimientos un hombre de acción, no por fracasado menos cierto: un político de vocación ardiente, quizá frustrado por la inadaptación al medio y, desde luego, un arbitrista de muy castizo abolengo.

Las huellas de la poligrafía de Costa son harto desiguales, pero allá donde puso su piana con mayor ahinco, dejó imborrable la señal de su personalísimo paso. Menéndez y Pelayo estimó en mucho los trabajos de Costa sobre la España primitiva. Y un científico tan severo en su especialización como D. Eduardo de Hinojosa, estudiando a "Costa como historiador del Derecho", dice: "Era maravillosa su diligencia para allegar y utilizar los materiales necesarios para sus trabajos; espíritu soberanamente constructivo, no menospreciaba, sin embargo, el análisis menudo o minucioso. Leía inmensamente, y el fruto de su sed insaciable de lecturas hallaba amplia y adecuada colocación en los vastos casilleros de aquel cerebro maravillosamente organizado. Su mirada penetrante, como de águila, sabía desentrañar de entre el cúmulo de detalles secundarios lo que constituye la esencia y la originalidad de cada doctrina, y su arte maravilloso de exposición le servía para caracterizarla gráficamente, con exactitud y sobriedad, en frases lapidarias." Y después de ponderar Hinojosa el dominio de Costa en el manejo de las más variadas fuentes —monumentos literarios de la Edad Media, teólogos y juristas de los siglos XVI y XVII, Derecho consuetudinario, etc.— da en esta amarga conclusión: "Costa no llegó a encontrar nunca el verdadero empleo de sus fuerzas, el empleo adecuado a sus aficiones y aptitudes."

¡ Patético drama el de Costa, romántico desmelenado y monstruoso, con delicadezas perdidas en sus arrebatos de energúmeno! Costa contra Costa: Costa, enemigo de sí mismo, por su dispersión y su violencia. Se ha dicho alguna vez que Costa pudo representar en España un papel parecido al de Fichte en Alemania, Kossuth en Hungría, Mazzini en Italia. Pero hubiera necesitado crear en torno a sus propagandas una alta atmósfera saturada del ideal orgánico que le faltó. Sin este requisito no podían sentirse atraídas, con eficacia y continui-

dad, grandes núcleos de opinión, y menos aún la juventud, fácil al entusiasmo que comunican las grandes soluciones; pero Costa desgranó su programa en parcial materia de decretos y órdenes ministeriales: repoblación forestal, abaratamiento de los transportes, reforma de la Ley Hipotecaria, limitación de los derechos pasivos y traspaso de su abono a los Montepíos... Interesante y útil, por supuesto. Pero el ideal hispánico de Costa se había hecho añicos. Por otra parte, en el movimiento de las Cámaras Agrícolas y de Comercio capitaneado por Costa e integrado en la Unión Nacional, se padecieron errores de táctica. Con el conato de resistencia al pago de los tributos, la Unión Nacional quedó a la mitad del camino. Para derrocar la Monarquía, era muy poco. Para influirla, resultaba contraindicado. En la encrucijada Costa optó por el atajo del republicanismismo. Se hizo republicano, en efecto; pero ¿cómo había de entenderse con los demás republicanos? Liberal, a su manera, si es que lo era de algún modo, no admitía otra democracia, repitámoslo, que la literaria y folklórica del calzón corto y la capa del rústico. De Parlamento, ni hablar. D. Francisco Goitia, que, por lo visto y leído, gozaba de la intimidad de Costa, ha contado que éste se sometió a la jefatura de Salmerón porque, a su juicio, nadie podía disputarle "el supremo y peligroso honor de asumir la Dictadura con el único objeto de preparar y hacer la revolución, investido de poder tan alto y completo, que sólo tiene que dar cuentas a Dios, mas no al pueblo mientras realiza su labor". Sincero como siempre, Costa no ocultó su parecer, y en su discurso del Frontón Central de Madrid, como candidato de la flamante Unión Republicana en las elecciones generales de 1903, empezó diciendo: "Nosotros no venimos en busca de la República por la República precisamente; no tampoco en busca de leyes, nuevas ni viejas, en que no tenemos fe ninguna; venimos principalmente en busca de hombres..."

Con triple acta en el bolsillo, como diputado por Madrid, Zaragoza y Gerona, Costa advirtió, no sorprendido, pero sí iracundo, que en el Congreso nada tenía que hacer. Para flagelar a sus correligionarios —misión de que se consideró investido por el espíritu de contradicción que fielmente le acompañaba—, es lógico que no se hallase cómodo en los escaños de la propia minoría republicana, y escapó a su mandato parlamentario por

la línea de evasión a que se inclinaba en todo instante. Se fué del Congreso, o no llegó a entrar. Como se fué de la pingüe notaría de Madrid. Y acabó por irse de la capital de España: era su sino: escapar. Debió de ser entonces cuando acudió en consulta a Alfredo Calderón: “—Dígame usted: ¿le parece que podré vivir con seis reales diarios?” Con esa minúscula renta se fué a Graus, a enjaularse, león moribundo, en sus delirios y exabruptos, en su patriotismo exasperado.

Todavía, en penosa exhibición, se dejó arrastrar “el león de Graus” a la campaña contra Maura, a propósito de los proyectos de ley presentados a las Cortes para la construcción de la Escuadra y para la represión del terrorismo. Costa impugnó ambos proyectos, denostándolos con la feroz dureza de su estilo, pero negándose a sí mismo, renegando de su obra anterior, puesto que la Escuadra de cuya construcción abominaba era, en sustancia, la misma que él había soñado y apetecido, en servicio inexcusable a la Patria, y tampoco era lógico que regatease medios de defensa al Poder público, cercado por el anarquismo, con su dinamita, y el socialismo, con sus huelgas revolucionarias, quien había propugnado a todo evento “la dictadura como solución nacional”, “la política quirúrgica”, “los Gobiernos de tutela”, “los poderes de excepción”. Pero aun así, incongruente y todo, no renunciaba a la precaución que le exigía su individualismo suspicaz, su insolidaridad con hombres y partidos de la oposición. Cuando poco antes habló a los zaragozanos desde el escenario del teatro Pignatelli, tuvo buen cuidado, al verter su carga de “tristezas patrióticas” —y cuantas personales también— de hacer notar que “aun no instaurada la República, está ya fracasando”. Indudablemente, el “león de Graus” no quería que de sus zarpazos se aprovechara nadie.

Irreductible, por fin, en su retiro, Costa malvivía; solo, espiritualmente solo, pero con la obsesión de España, de su pasado y de su destino. ¿Qué España, entre las varias Españas que Costa llevaba dentro de sí, le alentaba y asistía en su angustioso y colérico estertor agónico? Unos años antes, después del 98, endemoniado ya por las negaciones que le esquinaron con la Historia de España, Costa se complace todavía en este amoroso conjuro: “España, la España ideal, la España de nuestros sueños, sola y desfallecida en medio de la no-

NOTAS

che, con las sombras augustas de sus grandes hijos muertos, el Cid y Fernando V, Cisneros y Legazpi, Vives y Servet, Lope, Cervantes y Velázquez, Agustín y Vitoria, Belluga, Florida-blanca y Olavide y Aranda y el Padre Flórez, y El Empecinado..." ¡Válganle al pobre, genial y desconcertante Costa, esos ilustres intercesores, en confuso tropel, para su entrada en el alma de las gentes de hoy, para el conocimiento y revaloración de su obra, tan lejana en la incierta perspectiva de ese siglo que ahora se cumple! Costa nació en 1846. Murió en 1911. Un modo de situarle, intelectualmente, sería el de repasar las vicisitudes, prósperas y adversas, justificadas o absurdas, de su época, como pocas, rica e incoherente.

M. FERNÁNDEZ ALMAGRO.
(De la Real Academia de la Historia.)